



Herman Melville  
El Vendedor De  
Pararrayos



**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# EL VENDEDOR DE PARARRAYOS

HERMAN MELVILLE

PUBLICADO: 1854

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

Qué gran trueno irregular, pensé, de pie sobre la piedra de mi hogar, entre las colinas de Acroceraunia, mientras los rayos dispersos retumbaban en lo alto y se estrellaban en los valles, seguidos cada uno de ellos por irradiaciones en zigzag y rápidas ráfagas de lluvia aguda, que resonaban audiblemente, como una carga de puntas de lanza, en mi bajo tejado de tejas. Supongo, sin embargo, que las montañas de los alrededores rompen y agitan los truenos, de modo que son mucho más gloriosos aquí que en la llanura. Escuchad: alguien llama a la puerta. ¿Quién es ése que elige la hora del trueno para llamar? ¿Y por qué no usa la aldaba, a la manera de los hombres, en vez de hacer ese lúgubre ruido de enterrador con el puño contra el hueco panel? Pero déjale entrar. Ah, aquí viene. "Buenos días, señor": todo un desconocido. "Por favor, siéntese". ¿Qué es ese extraño bastón que lleva? "Una buena tormenta, señor".

"¿Buena? - ¡Horrible!"

"Estás mojado. Ponte aquí, en la chimenea, delante del fuego".

"¡Ni por asomo!"

El desconocido seguía de pie en el centro exacto de la cabaña, donde se había plantado por primera vez. Su singularidad impulsó un escrutinio más atento. Una figura delgada y sombría. Cabello oscuro y lacio, enmarañado sobre la frente. Sus ojos hundidos estaban rodeados de halos añiles y brillaban con una especie de relámpago inocuo: el brillo sin el rayo. Todo el hombre estaba empapado. Estaba de pie en un charco sobre el suelo de roble desnudo: su extraño bastón descansaba verticalmente a su lado.

Era una vara de cobre pulido, de metro y medio de longitud, unida longitudinalmente a un pulcro bastón de madera, mediante su inserción en dos bolas de cristal verdoso, anilladas con bandas de cobre. La vara de metal terminaba en la parte superior, en forma de trípode, en tres afiladas púas, brillantemente doradas. Sujetaba el objeto sólo por la parte de madera.

"Señor -dije, inclinándome cortésmente-, ¿tengo el honor de recibir la visita de ese ilustre dios que es Júpiter Tonans? Así estaba en la estatua griega de antaño, empuñando el rayo. Si eres él, o su virrey, tengo que darte las gracias por esta noble tormenta que has provocado entre nuestras montañas. Escucha: ha sido un tañido glorioso. Ah, para un amante de lo majestuoso, es bueno tener al propio Tronador en casa. El trueno es más hermoso por

ello. Pero, por favor, siéntate. Este viejo sillón con fondo de junco, lo reconozco, es un pobre sustituto de tu trono siempre verde en el Olimpo; pero, condesciende a sentarte".

Mientras yo hablaba agradablemente, el desconocido me miraba, mitad con asombro, mitad con una extraña especie de horror; pero no movió un pie.

"Siéntese, señor; necesita secarse antes de volver a salir".

Coloqué la silla en la amplia chimenea, donde aquella tarde se había encendido un pequeño fuego para disipar la humedad, no el frío, pues era principios de septiembre.

Pero sin hacer caso de mi solicitud, y aún de pie en medio del suelo, el desconocido me miró portentosamente y habló.

"Señor -dijo-, discúlpeme, pero en lugar de aceptar su invitación a sentarme en la chimenea, le advierto solemnemente que será mejor que acepte la mía y permanezca conmigo en medio de la habitación. Cielo santo -exclamó, sobresaltándose-, se ha producido otro de esos terribles estruendos. Le advierto, señor, que abandone el hogar".

"Señor Júpiter Tonans", dije yo, haciendo rodar tranquilamente mi cuerpo sobre la piedra, "me mantengo muy bien aquí".

"Entonces, ¿eres tan terriblemente ignorante como para no saber que la parte más peligrosa de una casa durante una tempestad tan terrible como ésta es, con mucho, la chimenea?"

"No, no lo sabía", pisando involuntariamente la primera tabla junto a la piedra.

El desconocido adoptó ahora un aire tan desagradable de admonición acertada, que -de nuevo involuntariamente- retrocedí sobre la chimenea y me puse en la postura más erguida y orgullosa que pude adoptar. Pero no dije nada.

"Por el amor de Dios -gritó, con una extraña mezcla de alarma e intimidación-, por el amor de Dios, ¡aléjate de la chimenea! ¿No sabes que el aire caliente y el hollín son conductores, por no hablar de esos inmensos perros de fuego de hierro? Abandona el lugar, te lo ordeno".

"Señor Júpiter Tonans, no acostumbro a recibir órdenes en mi propia casa".

"No me llames por ese nombre pagano. Eres profano en estos tiempos de terror".

"Señor, ¿seríais tan amable de decirme cuál es vuestro asunto? Si buscas refugio de la tormenta, eres bienvenido, siempre que seas cortés; pero si vienes por negocios, ábreme inmediatamente. ¿Quién eres?"

"Soy comerciante de pararrayos -dijo el desconocido, suavizando el tono-; mi negocio especial es... ¡Cielo Santo! qué estruendo... -¿Te ha golpeado alguna vez... tu local, quiero decir? ¿No? Por naturaleza, no hay castillos en las tormentas; sin embargo, con sólo decirlo, puedo hacer de esta casa de campo un Gibraltar con unos pocos movimientos de esta varita. Escucha, ¡qué Himalaya de conmociones!"

"Te has interrumpido; estabas a punto de hablar de tu asunto especial".

"Mi negocio especial consiste en viajar por el país en busca de pedidos de pararrayos. Éste es mi bastón de muestra", golpeando su bastón; "tengo las mejores referencias", rebuscando en sus bolsillos. "En Criggan, el mes pasado, coloqué veintitrés pararrayos en sólo cinco edificios".

"Déjame ver. ¿No fue en Criggan la semana pasada, hacia la medianoche del sábado, donde se estrellaron el campanario, el gran olmo y la cúpula del salón de actos? ¿Había allí alguna de tus barras?"

"No en el árbol ni en la cúpula, pero sí en el campanario"

"¿De qué sirve entonces tu vara?"

"De vida o muerte. Pero mi obrero no tuvo cuidado. Al colocar la varilla en lo alto del campanario, dejó que una parte del metal rozara la chapa de estaño. De ahí el accidente. No fue culpa mía, sino suya. Escucha".

"No importa. Esa palmada estalló lo bastante fuerte como para que se oyera sin necesidad de señalar con el dedo. ¿Te has enterado de lo que ocurrió en Montreal el año pasado? Una sirvienta golpeó junto a su cama con un rosario en la mano; las cuentas eran de metal. ¿Acaso tu rito se extiende hasta el Canadá?"

"No. Y he oído que allí sólo se utilizan varillas de hierro. Deberían tener las mías, que son de cobre. El hierro se funde fácilmente. Entonces sacan la varilla tan delgada, que no tiene cuerpo suficiente para conducir toda la corriente eléctrica. El metal se funde; el edificio queda destruido. Mis varillas de cobre nunca actúan así. Esos canadienses son tontos. Algunos de ellos clavan la varilla en la parte superior, con lo que se arriesgan a una explosión mortal, en lugar de conducir imperceptiblemente la corriente hacia la tierra, como hace este tipo de varilla. La mía es la única varilla verdadera. Mírala. Sólo cuesta un dólar el pie".

"Este abuso de tu propia vocación en otro puede hacer que uno desconfíe con respecto a sí mismo".

"¡Escuchad! El trueno se hace menos murmurante. Se acerca a nosotros, y también a la tierra. ¡Escucha! ¡Un estruendo estrepitoso! Todas las vibraciones se hacen una por la proximidad. Otro destello. Espera".

"¿Qué haces?" dije, viéndole que ahora renunciaba instantáneamente a su bastón y se inclinaba atentamente hacia la ventana, con los dedos índice y corazón derechos sobre la muñeca izquierda.

Pero antes de que se me escaparan las palabras, se le escapó otra exclamación.

"¡Crash! sólo tres pulsos -a menos de un tercio de milla- allá, en algún lugar de aquel bosque. Allí pasé junto a tres robles fulminados, arrancados de cuajo y relucientes. El roble atrae los rayos más que otras maderas, pues tiene hierro disuelto en su savia. Tu suelo aquí parece de roble.

"Corazón de roble". Por la peculiar hora en que me llamas, supongo que eliges a propósito el tiempo tormentoso para tus viajes. Cuando rugen los truenos, consideras que es una hora especialmente propicia para producir impresiones favorables a tu oficio."

"¡Escuchad! -¡Asqueroso!"

"Para ser alguien que armaría a los demás de intrepidez, tú mismo pareces indeseablemente timorato. Los hombres comunes eligen el buen tiempo para sus viajes, tú eliges las tormentas; y sin embargo..."

"Reconozco que viajo con tormentas, pero no sin tomar precauciones especiales, que sólo un hombre con pararrayos puede conocer. Escucha, rápi-

do, mira mi caña de muestra. Sólo cuesta un dólar el pie".

"Me atrevería a decir que es una caña muy buena. Pero, ¿cuáles son esas precauciones tuyas? Pero primero déjame cerrar las contraventanas; la lluvia cae a través de la hoja. Voy a atrancar".

"¿Estás loco? ¿No sabes que esa barra de hierro es un veloz conductor? Desiste".

"Entonces cerraré los postigos y llamaré a mi muchacho para que me traiga una barra de madera. Por favor, toca el timbre y tira de él".

"¿Estás frenético? Ese alambre de la campana podría hacerte estallar. Nunca toques el cable de la campana en una tormenta, ni hagas sonar ninguna campana".

"¿Ni las de los campanarios? ¿Podrías decirme dónde y cómo se puede estar a salvo en un momento como éste? ¿Hay alguna parte de mi casa que pueda tocar con la esperanza de salvar mi vida?"

"La hay; pero no donde estás ahora. Aléjate del muro. A veces la corriente baja por la pared, y como el hombre es mejor conductor que la pared, saldría de la pared y chocaría contra él. ¡Swoop! Eso debe de haber caído muy cerca. Debe de haber sido un rayo globular".

"Muy probablemente. Dime de una vez, ¿cuál es, en tu opinión, la parte más segura de esta casa?"

"Esta habitación, y este lugar de ella donde me encuentro. Ven aquí".

"Las razones primero".

"¡Escucha! -después del relámpago, la ráfaga-las hojas tiemblan-¡la casa, la casa!-¡Ven aquí conmigo!"

"Las razones, por favor".

"¡Ven aquí conmigo!"

"Gracias de nuevo, creo que probaré mi vieja postura: el hogar. Y ahora, señor pararrayos, en las pausas del trueno, ten la bondad de decirme tus razones para considerar esta habitación de la casa la más segura, y tu propio puesto allí el lugar más seguro de la misma."

Ahora cesó un poco la tormenta durante un rato. El hombre del pararrayos pareció aliviado, y respondió:-

"Tu casa es de un solo piso, con un desván y un sótano; esta habitación está en medio. De ahí su relativa seguridad. Porque los rayos pasan a veces de las nubes a la tierra, y a veces de la tierra a las nubes. ¿Comprendes? -y elijo el medio de la habitación, porque, si el rayo cayera sobre la casa, bajaría por la chimenea o las paredes; así que, evidentemente, cuanto más lejos estés de ellas, mejor. Ven conmigo, ahora".

"Enseguida. Algo que acabas de decir, en lugar de alarmarme, me ha inspirado una extraña confianza".

"¿Qué he dicho?"

"Has dicho que a veces los relámpagos pasan de la tierra a las nubes".

"Sí, el rayo de retorno, como se le llama; cuando la tierra, sobrecargada del fluido, lanza hacia arriba el excedente".

"El golpe de retorno; es decir, de la tierra al cielo. Cada vez mejor. Pero ven aquí a la chimenea y sécate".

"Estoy mejor aquí, y mejor mojada".

"¿Cómo?"

"Es lo más seguro que puedes hacer -¡Oye, otra vez!- empaparte a fondo en una tormenta de truenos. La ropa mojada es mejor conductora que el cuerpo; y así, si el rayo cayera, podría pasar por la ropa mojada sin tocar el cuerpo". La tormenta vuelve a arreciar. ¿Tienes una alfombra en casa? Las alfombras no son conductoras. Consigue una, para que pueda pararme sobre ella aquí, y tú también. El cielo se ennegrece: es el crepúsculo del mediodía. Escucha: ¡la alfombra, la alfombra!

Le di una; mientras las montañas encapuchadas parecían cerrarse y caer en la cabaña.

"Y ahora, ya que el hecho de que seamos mudos no nos ayudará", dije, volviendo a mi sitio, "déjame oír tus precauciones para viajar durante las tormentas".

"Espera a que pase ésta".



"No, prosigue con las precauciones. Estás en el lugar más seguro posible según tu propio relato. Continúa".

"Brevemente, pues. Evito los pinos, las casas altas, los graneros solitarios, los pastos de las tierras altas, el agua corriente, los rebaños de vacas y ovejas, la multitud de hombres. Si viajo a pie -como hoy-, no camino deprisa; si voy en mi calesa, no toco su lomo ni sus costados; si voy a caballo, desmonto y guío al caballo. Pero, sobre todo, evito a los hombres altos".

"¿Sueño? ¿Los hombres evitan a los hombres? y además en tiempo de peligro".

"Evito a los hombres altos en una tormenta de truenos. ¿Eres tan ignorante como para no saber que la altura de un hombre de dos metros es suficiente para descargar una nube eléctrica sobre él? ¿Acaso los solitarios kentuckianos, al arar, no son golpeados en el surco inacabado? Es más, si el hombre de dos metros se para junto al agua corriente, a veces la nube lo elige como conductor hacia esa agua corriente. Escuchad, seguro que ese pináculo negro está partido. Sí, un hombre es un buen conductor. El rayo atraviesa y atraviesa a un hombre, pero sólo pela un árbol. Pero, señor, me has entretenido tanto respondiendo a tus preguntas, que aún no he llegado al asunto. ¿Pedirás uno de mis pararrayos? Mira este ejemplar. Mira: es del mejor cobre. El cobre es el mejor conductor. Tu casa es baja; pero al estar en las montañas, esa baja no la deprime ni un ápice. Los montañeses estáis muy expuestos. En los países montañosos, el hombre del pararrayos es el que tiene más trabajo. Mira el ejemplar, señor. Un pararrayos bastará para una casa tan pequeña como ésta. Mira estas recomendaciones. Sólo un pararrayos, señor; cuesta sólo veinte dólares. Ahí van todos los Taconics y Hoosics de granito aplastados como guijarros. Por el sonido, eso debe haber golpeado algo. Una elevación de cinco pies sobre la casa protegerá un radio de veinte pies alrededor de la barra. Sólo veinte dólares, señor: un dólar por pie. ¡Hark!-¡Espantoso!-¿Pedirás? ¿Comprarás? ¿Apunto tu nombre? Piensa que serás un montón de despojos carbonizados, como un caballo atado y quemado en su establo; ¡y todo en un instante!"

"Tú, pretendido enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de y para Júpiter Tonans", me reí; "tú, mero hombre que vienes aquí a ponerte a ti y a tu pipa entre la arcilla y el cielo, ¿crees que porque puedas sacar un poco de luz verde de la vasija de Leyden, puedes apartar completamente el

cerrojo excelso? Tu vara se oxida, o se rompe, y ¿dónde estás? ¿Quién te ha facultado, Tetzal, para vender por ahí tus indulgencias de ordenaciones divinas? Los cabellos de nuestras cabezas están contados, y los días de nuestras vidas. En el trueno como en el sol, estoy tranquilo en las manos de mi Dios. Falso negociador, ¡fuera! Mira, el rollo de la tormenta ha retrocedido; la casa está ilesa; y en los cielos azules leo en el arco iris, que la Deidad no hará, de propósito, la guerra en la tierra del hombre."

"¡Desgraciado impío!", espetó el forastero, ennegreciéndole el rostro mientras brillaba el arco iris, "publicaré tus nociones infieles".

"¡Vete! ¡Muévete deprisa! si deprisa puedes, tú que brillas a la vista en tiempos húmedos como el gusano".

El ceño de su rostro se ennegreció; los círculos añiles se agrandaron alrededor de sus ojos como los anillos de tormenta alrededor de la luna de medianoche. Se abalanzó sobre mí, con su trifuerza en el corazón.

Lo agarré, lo rompí, lo aplasté, lo pisoteé y, arrastrando al oscuro rey relámpago fuera de mi puerta, arrojé tras él su cetro de cobre.

Pero a pesar de mi trato, y a pesar de mi charla disuasoria sobre él con mis vecinos, el hombre del pararrayos aún habita en la tierra; aún viaja en tiempos de tormenta, y conduce un valiente comercio con los temores del hombre.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**